

## DINAMISMO EVANGELIZADOR DE LA VIDA RELIGIOSA: PRESENCIA NUEVA EN UNA SOCIEDAD NUEVA. ILUMINACION TEOLOGICA

Carlos Amigo Vallejo

*Arzobispo de Sevilla*

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v28i90.2311>

Tanto el número como la diversidad de actividades en que se ocupan los religiosos y religiosas pueden ser datos engañosos. Confunde la cantidad, porque la vida religiosa, incluso como dato sociológico, no se puede medir en función de individuos, sino de comunidad. Engaña la pluralidad de actividades, pues podría suponerse que los religiosos son eficaces enfermeros, maestros, asistentes sociales, incluso «rezadores» y no personas consagradas, total y exclusivamente, al reinado de Dios.

Cada uno de los fundadores de órdenes y congregaciones ha recibido de Dios una inspiración personal, irrepetible. Sus discípulos se han encargado de hacerla vida en la historia del instituto. Lo que ha permanecido a lo largo del tiempo no ha sido tanto un determinado trabajo o un tipo de actividad apostólica, sino el carisma, una forma de vida, un estilo de vivir y de hacer camino de Evangelio en la Iglesia y en el mundo.

Llamados por la Iglesia, o interpelados por las necesidades apremiantes de los hombres, aparecen los religiosos y religiosas formando parte de la vanguardia de la evangelización, llenando hospitales, barriadas de marginados, parroquias rurales...

Toda la fuerza que la gracia del Espíritu ha puesto en la vocación consagrada viven en continuo deseo de hacerse cada día nueva y más eficaz. Por eso la renovación continúa. Los Capítulos, la revisión de Reglas y Constituciones, los Directorios y los Proyectos de vida van a terminar siempre impulsando programaciones apostólicas, misiones evangelizadoras.

Pero la vida religiosa no es esto: ni programación, ni simple respuesta a la interpelación del momento histórico, ni decisión de la persona que dirige la comunidad, ni afán de seguir y copiar la trayectoria personal de unos hombres o mujeres inspirados.

Aparecieron, los religiosos, en pequeños grupos y en grandes comunidades, como extranjeros llegados a un país nuevo o viviendo en el mismo pueblo del que habían salido, ejercen profesiones y están encua-

drados en organigramas administrativos, promueven el desarrollo y la educación, se integran en movimientos de espiritualidad o de reivindicaciones sociales... Y todo esto lo realizan sin el menor propósito de claudicar de su profunda vocación consagrada, aunque los interrogantes se presenten de continuo: ¿es el Evangelio de Jesucristo y solamente el Evangelio de Jesucristo lo que pretenden los religiosos en sus múltiples actividades? ¿Los valores de la promoción de los hombres y el desarrollo de los pueblos han desplazado la motivación evangelizadora? ¿En su trabajo como profesionales ocupan un puesto laboral que necesitan otras personas? ¿Con la atención a los marginados sociales y la solución provisional de muchos casos no se estará ocultando el verdadero problema de la injusticia permanente? ¿La ocupacionalidad no puede ser una forma de solapada evasión al compromiso evangelizador? ¿Dónde son más necesarios los religiosos?

Un elenco de cuestiones y de interrogantes que sería casi interminable y que demuestra, por otra parte, el continuo dinamismo renovador de la vida religiosa. Que no es artificio dialéctico para entretenerse en reflexiones inoperantes en torno a la vida y función de los religiosos, sino estímulos para la revisión continua, para disipar lo enigmático y dejar, transparente y nítida, la significación de una forma-signo de vida según el Evangelio.

Es cierto que alguno de los interrogantes presentados inducen a una duda seria: ¿dónde queda pues la necesidad de los religiosos en la Iglesia? El hacer, una vez más, había monopolizado la forma de vida y reducía la significación al eres-lo-que-haces: enfermero porque curas, profesor porque enseñas, monja porque rezas...

Se ha descuidado la esencia, lo interior. No se ofrecía más que un signo, testimonial quizás, pero no significativo de religión; funcional, pero sin proclamar explícitamente la motivación evangélica.

De esta manera, era, pues, muy fácil ver a los religiosos como un grupo inidentificado dentro de la Iglesia: no se sabía ni donde ponerlo ni cual era su cometido; se escapaban a cualquier intento de clasificación, o se sometían a ella por simple declaración jurídica. Sirven para todo, pero no se insertan en nada...

#### I. BASES TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES PARA LA VIDA Y ACCIÓN DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

Los esfuerzos realizados en los años posteriores al Concilio (Capítulos de renovación, nuevas Constituciones, documentos de la Santa Sede, estudio permanente y continuado, etc.) han contribuido a una visión nueva de la vida religiosa. Novedad que no significa inventar una figura distinta, sino el deseo de fidelidad, de autenticidad en la consagración.

La vida consagrada se define, pues, esencialmente eclesial, con una misión estricta y radicalmente religiosa, tanto en su motivación como en sus expresiones; como un signo que lleva, conduce a la comprensión de la santidad en la Iglesia; como fuerza del Espíritu que realiza en la historia un espacio de salvación.

### *El Espíritu de Dios y la forma de vida carismática*

Ha sido el Espíritu de Dios quien ha dado fuerza (Hech 1,8) y que se ha derramado sobre esta forma de vida (2,17), con misión de profecía (2,18). El Espíritu de Jesucristo que llena la Iglesia con abundancia y variedad de dones. Signo, pues, de la acción del Espíritu en la Iglesia como fundamento esencial de la vida religiosa. Docilidad a la acción carismática de Dios que conduce a los hombres, con suavidad y fortaleza, a entregarse sin reservas a una acción santificadora. El Espíritu que se nos ha dado es quien hace visible y perdurable la presencia de Jesucristo en el hombre y en la Iglesia. No es la fuerza de la vida religiosa en sí misma la que realiza una obra de santidad o de salvación, sino la presencia y la acción del Espíritu que llega a los llamados en una vocación individual y que hace de ellos lugar de manifestación santificadora. El hombre llamado gusta, en sabiduría, las cosas de Dios, entiende la Palabra proclamada, se llena de fortaleza, hace de su vida consejo y signo para los que están en camino de salvación.

Múltiples y variadas son las actividades y las formas de acción en que la vida consagrada expresa su empeño en la obra evangelizadora de Jesucristo. Esas distintas acciones, sin embargo, no constituyen el valor esencial de la consagración, son nada más, reflejo y proyección de un contenido profundo y esencial del vivir para Dios. Es el amor de su Señor el que inunda al hombre consagrado por el Espíritu que ha recibido (Rom 5, 5). Es la fuerza del amor que da sensibilidad para todo (Flp 1, 9). Las expresiones de ese amor son varias, distintas, múltiples, cambiantes y mudables, pero nacen siempre de la misma vocación radical de la entrega a Dios.

Bastaría recorrer la historia de las órdenes y congregaciones religiosas para darse cuenta enseguida de como han ido cambiando las ocupaciones, los apostolados, las obras evangelizadoras. Esa dinámica continua de actualización, de respuesta concreta a nuevas situaciones humanas o a exigencias imperativas de la caridad. Fue siempre el mismo Espíritu el que llevó a realizar obras y cometidos distintos. No se mudaba la esencia de una forma de vida, sino las expresiones de ese amor que debía dar respuesta, según el Evangelio, a las interpelaciones que la situación presentaba en un momento concreto y en un espacio determinado. Por ello en la evolución histórica de la vida religiosa se produce el cambio de cometidos o de empeños apostólicos, permaneciendo invariable la esencia carismática. Es evidente, además, que existen muchas órdenes y congre-

gaciones religiosas que en forma alguna podrían definirse por un tipo de actividad. Lo que las identifica es una espiritualidad, una forma de vida, una manera de ser, pero no la función que realizan ni los espacios en que se mueven.

### *Comunión eclesial y compromiso vinculante a un Instituto*

En la Regla o en las Constituciones de las distintas órdenes o congregaciones hay un capítulo en el que se determina la proyección apostólica de los miembros o del Instituto como tal. Pero sería erróneo el considerar que primero fue el ideario y la normativa y, después, el encuentro entre los hermanos. Ha sido el Espíritu de Dios quien les ha congregado, viven en caridad fraterna según el mandamiento del Señor y tratan de llevar la riqueza vocacional que han recibido para engrandecimiento de todo el Cuerpo de Cristo. Después, y solamente después, vendrá una ordenación, interna primero y públicamente reconocida más tarde, de cómo realizar ante el mundo y en la Iglesia la misión recibida del Padre.

Fundamento, pues, de la presencia y acción de los religiosos en la Iglesia es la convocatoria fraterna, la dedicación a Dios en comunidad de hermanos. No se definirá su apostolado por unas prescripciones meramente externas, orgánicas y elaboradas, sino que es la consecuencia natural, inseparable y vinculante, a una primera consagración.

### *Dimensión comunitaria de los votos*

Vida en pobreza, en castidad, en obediencia. Vida en comunidad. Y con tal grado de coherencia entre los votos religiosos y la forma de vida comunitaria, que lo fraterno, valor esencial de consagración y testimonio, sobresalga por encima de cualquier otra consideración, para que no llegue el equívoco de confundir la vida fraterna con un simple equipo de trabajo. Los creyentes pensaban y sentían lo mismo —nos recuerdan los hechos de los Apóstoles (4, 32 ss.)— porque eran constantes en escuchar las enseñanzas de los apóstoles, en la oración, en el partir el pan, en la comunidad de vida (Hech 2, 42). Y solamente después, viendo el testimonio de aquella primera comunidad, el Señor iba agregando al grupo a los que se iban salvando (Hech 2, 47).

### *Profecía, testimonio y anuncio de la salvación*

El que se tiene por profeta o por hombre de espíritu comprenderá que esto que os escribo es ordenanza del Señor. Así escribía S. Pablo a los Corintios (I Cor 14, 37). Y se refería al enriquecimiento mútuo con los dones que cada cual había recibido.

Anunciamos lo que hemos visto y oído (1 Jn 1, 5) y queremos compartir con todos los hombres nuestra propia vida fraterna. Bien podía

formularse así el proyecto evangelizador de la vida religiosa: un anuncio de la vida según el Espíritu del Señor, una función profética en la que se proclama, no el orgulloso monopolio de la verdad, ni una poderosa fuerza de eficacia humana, sino las maravillas que el Espíritu de Dios puede realizar con unos hombres y mujeres entregados, en absoluta fidelidad, a recordar con su misma existencia, la acción carismática del Espíritu.

Fiel a Dios y fiel a su pueblo, el profeta ayuda a que los hombres lean los signos de Dios. Tiene muy en cuenta la trascendencia del Señor que anuncia y lo inmanente de los hombres a los que dirige la profecía. Al hablar de futuro, no predecirá fatalidades, porque la sabiduría y el amor de Dios son más grandes y fuertes que la debilidad y la ignorancia humanas. Cuando descubre el misterio no lo hace con la presunción de conocer lo oculto sino con la humildad testimonial de vivir en esperanza la realidad escatológica y definitiva. Por eso, la vida del profeta se desenvuelve en libertad de espíritu, como la de los hijos de Dios; es pobre, porque otro es su tesoro; vive en obediencia, pues solamente la docilidad fiel a la palabra que recibe puede hacer creíble su anuncio o su testimonio. Porque no es el hombre docto que enseña, sino una comunidad que lleva su existencia en el mundo en estrecha identificación con la verdad que cree y proclama.

### *Memoria evangélica*

Poned más ahínco en ir ratificando vuestro llamamiento y elección. Nunca dejaré de recordaros estas cosas, insistía San Pedro (2 Pe 1, 10 s). La vida religiosa es memoria permanente de las acciones de Dios en la historia de la salvación del hombre. La profesión recuerda ante el mundo la total dedicación a la voluntad salvadora del Padre. La vida fraterna es signo e intento de practicar con fidelidad el mandato nuevo del Señor. Ante los hombres, consagración y vida en el amor que se nos ha dado es indicativo constante del misterio de Dios en Jesucristo.

Memoria evangélica, pues, para el Pueblo de Dios. En un doble sentido: como interpelación y recuerdo constante de lo Absoluto y Trascendente y, también, como celebración del misterio de Dios. Es testimonio vivo, no tanto por el hacer algo en servicio de Dios y de los hombres, sino con una forma de ser y de vivir permanente e inconfundiblemente ligada con el Evangelio. Es celebración, pues la comunidad es lugar cuasi-litúrgico donde se da honor a Dios, en acatamiento, gratitud y súplica.

Memorial como recuerdo y como celebración del misterio de Jesucristo que se hace pobre, obediente al Padre, generoso e ilimitado en el amor a los hombres.

### *La Buena Noticia*

Mirad y ved qué bueno es el Señor (1 Pe 2, 3), ha hecho en nosotros maravillas (Lc 1, 49) pues nos ha dado un «medio privilegiado de evangelización eficaz»:

Los religiosos, también ellos, tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo Absoluto de Dios, llamada a la santidad. Es de esta santidad de la que ellos dan testimonio. Ellos encarnan la Iglesia deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Ellos son por su vida signo de total disponibilidad para con Dios, la Iglesia, los hermanos (EN 69).

Un anuncio que es profecía, indicador de camino, promesa de consumación y recuerdo de que el Reino de Dios ha llegado y está cerca de vosotros (Lc 10, 9). Las bienaventuranzas son proyecto existencial de vida; se ha dejado todo para seguir al Maestro; se ha tomado la cruz.

Por eso, asumen una importancia especial en el marco del testimonio que, como hemos dicho anteriormente, es primordial en la evangelización. Este testimonio silencioso de pobreza y de desprendimiento, de pureza y de transparencia, de abandono en la obediencia puede ser a la vez que una interpelación al mundo y a la Iglesia misma, una predicación elocuente, capaz de tocar incluso a los no cristianos de buena voluntad, sensibles a ciertos valores (EN 69).

Ahora, en la esperanza, se practica, en vida fraterna, el mandamiento del Señor, aguardando en vigilancia activa, el día del retorno definitivo del Señor muerto y resucitado.

## II. ANÁLISIS Y PROFUNDIZACIÓN DE LAS MOTIVACIONES DEL CARISMA EVANGELIZADOR

En las Constituciones renovadas de los Institutos religiosos aparece un capítulo dedicado a la evangelización en el cual se explican las razones fundamentales de la dimensión apostólica del propio instituto. Razones y motivos muy distintos. Unos, ciertamente básicos y únicos para todos los institutos; otros, derivados del carácter específico de cada uno.

En esta perspectiva se intuye el papel desempeñado en la evangelización por los religiosos y religiosas consagrados a la oración, al silencio, a la penitencia, al sacrificio. Otros religiosos, en gran número, se dedican directamente al anuncio de Cristo. Su acti-

vidad misionera depende evidentemente de la jerarquía y debe coordinarse con la pastoral que ésta desea poner en práctica. Pero ¿quién no mide el gran alcance de lo que ellos han aportado y siguen aportando a la evangelización? Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente, marcado por una originalidad y una imaginación que suscita admiración. Son generosos, se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo (EN 69).

Son, pues, distintas las motivaciones que lanzan a los religiosos a una acción evangelizadora en la Iglesia, aunque hay unas «razones» comunes a todos: identificación con Jesucristo y anuncio de la Buena Noticia. Otras motivaciones dimanan del propio carisma, de la respuesta a una situación nueva que evangelizar o de la llamada de la Iglesia para un determinado cometido.

### *Motivación teológica*

Todos los hombres han sido creados en Jesucristo y para alabanza de Jesucristo. La llamada del hombre por parte de Dios es universal y hace que la humanidad entera viva en la esperanza del mismo destino individual y colectivo. Esta iniciativa de Dios convoca a todos los hombres a una tarea común: el encuentro con Dios a través de caminos distintos. Creado a imagen de Cristo, el hombre contempla esta misma imagen en sus hermanos. Es decir, que la primera y radical motivación es Jesucristo, como origen vocacional y como encuentro en la historia de la salvación universal.

El hombre en plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social —en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribus), en el ámbito de toda la humanidad— este hombre es el primer camino que la Iglesia debe reconocer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención (RH 14).

Jesucristo se ha unido a cada hombre y la historia personal del encuentro con Cristo se realiza en cada época y en un espacio concreto. La Encarnación alcanza a todos los hombres y a cada hombre como indivi-

duo y el acontecimiento llega a todos los lugares y en todos los tiempos. Esa permanente actualidad del misterio de Cristo, lejos de anclar la acción de Dios en el hombre, da continuo dinamismo y vida al misterio. Es la fuerza y dinamismo del Espíritu.

Una primera respuesta a esta motivación radical en Jesucristo es la de la fidelidad. Coherencia de vida y de predicación al misterio recibido y leal fidelidad al hombre concreto, a su historia y a su tiempo. Una visión quietista del hombre ensombrecería la presencia del Espíritu. Por otra parte, hay una consecuencia de tipo existencial, pues si todos los hombres y todos los tiempos han sido llamados por el mismo Dios y a la misma vocación en Jesucristo, el conocimiento, el mutuo respeto y las acciones comunes para acelerar la llegada del Reino de Dios son un proyecto continuo, ineludible y gozoso de todos los hombres, pero mucho más de aquellos que quieren dedicar su vida, con exclusividad, al encuentro con Dios, el único Absoluto.

A cada tiempo le van a corresponder nuevas fidelidades, por que también serán distintas las funciones que se le confían. El Pueblo de Dios, siempre en camino, se va a encontrar con tiempos y con culturas, con situaciones y con pueblos y hombres distintos. En su peregrinar hablará siempre de Dios, únicamente de Dios, pero con lenguajes inteligibles para el hombre.

La vida religiosa es una alianza especial entre el hombre y Dios. Elección particular por parte de Dios, respuesta cualificada, por la generosidad de la entrega, de quien ha sido llamado. Esta elección, en forma alguna quiere manifestar desinterés por otros hombres, sino al contrario: porque Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2, 4), suscita en su pueblo hombres a los que encomienda misiones particulares —profetas, doctores, vírgenes, predicadores, ministros...—. Un vínculo especial, más comprometido, más exigente, pero no excluyente, sino con la declarada misión de afianzar más a todos en la única alianza: la de Dios con los hombres en Jesucristo.

En tus palabras hay vida eterna (Jn 6, 68) y la evangelización consiste en «dar testimonio de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo» (EN 26), manifestar a Jesucristo y a su Evangelio a quienes no lo conocen (EN 51), anunciar la liberación en Jesucristo (EN 38) superando todo lo que conduce a estar al margen de la vida (EN 30), pero afirmando claramente la finalidad específicamente religiosa de la evangelización (EN 32), con la renuncia, la cruz, el espíritu de las bienaventuranzas y la continua conversión a Dios (EN 10).

#### *Motivaciones esenciales a la identidad religioso-consagrada*

Para mi la vida es Cristo (Flp 1, 21) puede decir cualquier cristiano que en su vocación bautismal se ha identificado con el Señor resucitado.

La profesión religiosa, más que añadir, profundiza, *reafirma y declara el compromiso* de mayor fidelidad con el misterio.

Ahora, el cristiano, ya religioso, queda más vinculado a la naturaleza sacramental de la Iglesia. Se ha convertido en signo que manifiesta la entrega al único Señor y, en consecuencia, *participa de manera más activa en el sacramento de salvación* universal que es la Iglesia.

*Vocación a la santidad* —unión con Dios en Jesucristo y por el Espíritu— y *vocación al apostolado* —¿cómo no voy a llevar la Buena Noticia a mis hermanos!— están inseparablemente unidas a la vocación consagrada. Los caminos y moradas, las formas y los lenguajes son muchos: el Señor es el mismo. Que rebose vuestro orgullo de ser lo que sois (Flp 1, 25).

Tesoro y luz es el don de Dios, y no se puede esconder ni dejar apagar, hay que llevarlo en misión anunciadora para que enriquezca y alumbre a todos. Con la *responsabilidad de comunicar la gracia y señalar caminos*, y con la humildad de saber que todo se ha dado por misericordia de Dios y en provecho de los hermanos. Esta dimensión de entrega total y de fidelidad permanente al Amor constituye la base de vuestro testamento ante el mundo, decía Juan Pablo II a los religiosos españoles. Vuestra libertad se ha vinculado libremente a Dios.

### *Motivaciones testimoniales*

«Consagración a Dios e impregnar el mundo de Dios» (Juan Pablo II a los religiosos españoles). Así se resume la finalidad teológica y testimonial de la vida consagrada. Siempre será la primacía de *la vida en el Espíritu la que dé razón* de una forma de vida cristiana en la Iglesia. No como aristocracia espiritual, sino como dispensadores de ese mismo Espíritu.

Porque esa entrega total a Dios solamente puede comprenderse dentro de una significación que comporta el esfuerzo por construir el reinado de Dios. La profesión religiosa es como una *proclamación existencial: Dios vive*, está aquí. Yo lo he visto. Me ha llamado, vivo en El y os lo anuncio con mi vida.

Es la experiencia de Dios la que señala el camino para entrar en el Reino. Así, la pobreza, el dolor o la persecución por causa de la justicia son en el religioso el resultado del encuentro con Jesucristo al que quiere reproducir entre los hombres viviendo las mismas actitudes. El hombre o la mujer consagrados expresan con su vida *la presencia de Cristo pobre entre los pobres*, misericordioso entre los pecadores, llevando la cruz en medio del dolor.

Es la propia existencia, radicalmente cristiana, la que testimonia ante el mundo el decidido propósito de vivir estrechamente ligados al

Evangelio. La transparencia de motivaciones, la evidencia de las obras conducirá a la *credibilidad*. Convencimiento profundo, no solamente ante los demás hombres, sino ante el mismo religioso, que descubrirá por la autenticidad de su vida la sabiduría de la cruz. Testigo, pues, para sí mismo de la muerte y resurrección de su Señor.

### *Motivaciones diaconales*

Solamente partiendo de esa identificación, el religioso puede presentar a Cristo como determinante único de su existencia total en Dios y como servidor y encargado, en virtud de la profesión religiosa, de anunciar los misterios de la fe (1 Cor 4, 1). Si la vida religiosa está en lo más profundo de la santidad de la Iglesia, con su existencia, los religiosos proyectan la identidad de la Iglesia esencialmente evangelizadora (EN 14). Pero el Evangelio que predicamos no es el nuestro, sino el de Jesucristo. Ni la pobreza, ni la obediencia, ni el amor, ni la cruz, ni la promoción de los hombres, ni el cuidado de los enfermos, ni la vida fraterna, ni la enseñanza, ni la contemplación en que empeñamos la vida son nuestros, sino los de *Cristo que queremos prolongar y compartir*. Servidores, sí, pero de Cristo y a Cristo vivo y presente entre los hombres por el misterio continuado de la Encarnación.

Diaconía, pues, de salvación en Jesucristo y según el Espíritu que se nos ha dado. Carisma de *donación sin reservas*: es el ministerio salvador de los votos que implican escucha fiel y atenta al grito de Dios en aquellos hombres en los que Dios padece; disponibilidad sin reservas, pues libres eligieron la libertad en Jesucristo; riesgo y desafío de un amor generoso, de vanguardia, que da siempre sin pedir anticipos nunca.

*Servir para salvar*. Todo se hace por Dios y por el hombre querido por Dios. Pero sin caer en un proselitismo injusto o paternalista, ni indiferencia que detiene la obra de la salvación que Dios quiere realizar en cada hombre. En todas sus acciones, el religioso anuncia el Reino de Dios —ni otro poderío, ni otra solución— proclamando el año de gracia, la conversión de los corazones y creando hombres nuevos según la imagen de Cristo resucitado. Hacer lo contrario sería fraude para el hombre y evasión irresponsable por parte del pseudoevangelizador, pues ni el hombre recibiría aquello a lo que tiene derecho— ver a Dios en Jesucristo ni el consagrado sería consecuente a la misión para la que libremente se ha consagrado.

*Servicio de interpelación*, de remoción de conciencias, de estímulo y acicate para que los hombres respondan a las exigencias de Dios. Diaconía que necesitará mucho discernimiento, pues la sutileza del egoísmo o de la vanagloria puede conducir a poner en el deseo de Dios lo que no es más que propio capricho, en el honor de Dios lo que re-

dunda sobre todo en alabanza del que se cree profeta. La misma comunidad será árbitro de discernimiento.

Cuatro problemas importantes se presentaban a los religiosos en torno a la *promoción humana*: la opción por los pobres y por la justicia, hoy; las actividades y obras sociales de los religiosos; la inserción en el mundo del trabajo; el compromiso directo en la «praxis política». A estos problemas correspondían unos criterios de discernimiento: fidelidad al hombre y a nuestro tiempo, fidelidad a Cristo y al Evangelio, fidelidad a la Iglesia y a su misión en el mundo, fidelidad a la vida religiosa y al carisma del propio Instituto (*Religiosos y promoción humana*, I y II).

Si la promoción humana puede resumirse en el esfuerzo por conseguir un hombre que cada día sea más libre y viva con mayor dignidad su propio ser de hombre en el mundo y con los otros hombres, tendríamos que añadir, si no queremos que esa promoción quede trunca en principio, que el hombre no alcanzará nunca su verdadera identidad humana mientras no llegue a ser esa criatura cristianamente nueva que nace de la resurrección de Jesucristo.

### *Motivaciones de fraternidad*

Son las motivaciones más específicas de los religiosos. La vida en comunidad de hermanos según el mandamiento del Señor y guiados por el Espíritu se convierte en fraternidad evangelizadora dentro de esa otra fraternidad total y universal que es el Cuerpo de Cristo. Misterio de la Iglesia, misterio de la comunión de los santos. Una vida que puede ser escondida y contemplativa, pero que nunca dejará de ser acción evangelizadora en su mismo ser de vida-según-el-Espíritu-de-Dios.

La vida de estos Institutos, «forma particular de vivir y de expresar el misterio pascual de Cristo, que es una muerte para la vida (*Venite Seorsum*, I), es un especial misterio de gracia que expresa el rostro más santo de la Iglesia, «comunidad orante» que con su Esposo Jesucristo se inmola por amor, por la gloria del Padre y la salvación del mundo.

Su vida contemplativa, por ello, es su apostolado primero y fundamental, porque es su forma típica y característica, según un designio especial de Dios, de ser Iglesia, de vivir en la Iglesia, de realizar la comunión con la Iglesia, de cumplir una misión en la Iglesia. Y es bajo esta perspectiva, dentro del pleno respeto a la función apostólica primaria de la misma vida, en virtud de la cual deben «entregarse solamente a Dios» (PC 7), en la que, salvadas las leyes de la clausura y las normas establecidas al respecto, pueden —en la fidelidad al propio espíritu y a las tradiciones de cada una de las familias— abrir-

se a experiencias de ayuda y de participación por la oración y la vida espiritual respecto a quien vive en el exterior (cfr. MR 25).  
(*La dimensión contemplativa de la vida religiosa*, 26).

La comunidad religiosa se convierte en signo de vida según el Evangelio y, en consecuencia, fuente de apostolado. Ahora bien, por los condicionantes humanos y sociológicos de la vida en grupo, la comunidad está sujeta continuamente a la doble tensión de mantener el equilibrio entre la fuerza cohesiva de las personas dentro del grupo y la disgregación. Del vivir en comunidad y para la comunidad y el ser Iglesia y para la Iglesia. Esas tensiones pueden ser dialécticas, nada más, aunque no lo sea la actitud real de las personas que manipulan una y otra tensión en orden a justificar determinadas posiciones.

La fraternidad, en sí misma, es evangelizadora. Ahora bien: no existe ninguna forma de vida cristiana que no esté y se realice dentro del Pueblo Nuevo de Dios, de la Iglesia fundada, dirigida y alimentada por Jesucristo. Cuanto más hermanos sean los religiosos entre sí, mayor será el enriquecimiento que reciba la Iglesia con el testimonio de su caridad, mayor será la significación de unidad, querida por Jesucristo como signo de la credibilidad de su venida. La credibilidad de ser-lo-que-se-es no disminuye, sino que avala la vida religiosa como agente evangelizador, pues la fraternidad no se queda en el ámbito de sí misma, sino que se proyecta en dimensión universal. El carisma recibido no es patrimonio exclusivo de unos pocos, sino que, cual grano de mostaza, se hace grande y aprovecha a muchos. La fraternidad, pues, se extiende y anuncia la Buena noticia.

### III. RESPUESTA EVANGELIZADORA A UNAS NECESIDADES CONCRETAS

Recogiendo en los distintos análisis realizados con motivo de la visita a España de Juan Pablo II pueden exponerse algunas situaciones de la sociedad y de la Iglesia españolas que constituyen, a un tiempo, desafíos que interpelan y urgencia de respuestas según el Evangelio.

#### 1. *Algunas crisis y necesidades*

*Crisis de identidad* queriendo presentar al catolicismo como una simple creencia compatible con cualquier ideología o hipotecando la libertad del creyente ligando la fe necesariamente a un ideario político equívoco. Igual que se proclama la inconsecuencia de «Cristo sí, Iglesia no», llega ahora —del brazo de algunos grupos socio-folklórico-culturales— la extraña idea de «Iglesia sí, Cristo no», reduciendo las vivencias o las manifestaciones religiosas a simples expresiones del alma popular, del arquetipo ancestral, de la cultura del pueblo, pero nada de fe ni de Cris-

to. La Iglesia como mero soporte ocasional de la representación del mito. Un creciente proceso secularizador, en definitiva, que intenta eliminar la fe de la valoración religiosa de la conducta humana.

*Falta de vocaciones.* No solamente sacerdotales o religiosas, sino carencia de vocación cristiana, crisis de hombres y de mujeres resueltamente decididos por Jesucristo.

*Relativización* progresiva de la fe, cayendo en un laicismo que rechaza lo trascendente o reduce lo absoluto al sentimiento.

*Permisividad moral* en aras de una pretendida liberación y conquista de madurez y que lleva a la total amenaza de la vida interior o al desprecio por la intimidad personal.

*Subjetivismo* que conduce a tener como norma la gratificación personal o el criterio egocéntrico. El magisterio —de la Iglesia o de cualquier institución— más que orientación es escollo a eludir. Rechazo habitual de la normativa disciplinar.

*Atentado a la libertad personal* en una continua limitación de derechos fundamentales: derecho a la vida, libertad de enseñanza, sectarismo de las relaciones Iglesia-Estado queriendo reducir la libertad religiosa a una práctica cultural privada, derecho a recibir enseñanza religiosa en los centros públicos, derecho a la intimidad personal, a la fama, respeto a las propias creencias religiosas...

*Permanencia de situaciones de injusticia social:* terrorismo, paro, angustiosas situaciones de marginación, frustraciones personales continuadas, consumismo provocativo, ética individualista.

*Mentalidad divorcista,* no solamente referida al matrimonio, sino a la repulsa de fidelidad en distintos órdenes de la vida: separación fe-vida, fe y práctica religiosa, Iglesia-Jesucristo, Iglesia-sacerdocio, fe-sacramentos...

*Anticlericalismo* con diversidad de tendencias y de matices. Quizás el más peligroso sea el «anticlericalismo clerical» en el que se recoge un amplio abanico de posibilidades: desde el ser pero no ejercer el ministerio, hasta el reducirlo a la mera apariencia clerical sin contenido sacramental.

*Desencanto eclesial* con dudosa, desde luego, credibilidad de los motivos de la desilusión. «Esperábamos que él fuera el liberador de Israel —se quejaban los discípulos de Emmaus—, pero hoy hace tres días que ocurrió...» (Lc 24, 21-22). Y Cristo Resucitado estaba con ellos y no lo veían. ¿Qué es lo que se esperaba de la renovación eclesial después del Vaticano II o de la visita del Papa a España?

La Comisión Permanente del episcopado español, reunida en mayo, expresaba su seria preocupación por una serie de problemas que gravitaban sobre la sociedad actual:

— La paz en el mundo, amenazada por una guerra nuclear que provoca la creciente y alarmante carrera de armamentos.

— La quiebra de valores morales y el aflojamiento de las normas legales, con un bajo nivel de moral social y la falta de coherencia y responsabilidad política en las aplicaciones de una moral ciudadana.

Estas son algunas situaciones, actitudes, fenómenos reales con que se encuentra, a diario, la Iglesia y, por tanto, los religiosos españoles. La lista podía ser mucho más amplia. Tampoco se hacen, en la que presentamos, juicios de valor. Pero lo que sí está bien claro es que hay en nuestra sociedad unos retos, unos desafíos a los que debe dar respuesta la Iglesia, la vida religiosa, desde su más genuina autenticidad de comunidad que anuncia y exige una consecuencia entre conducta y Evangelio.

## 2. *Renovación de actitudes, proyectos y realizaciones*

A esos desafíos tiene que llegar una respuesta de la vida consagrada. Vamos a presentar unas líneas de reflexión en dos aspectos: desde una vocación particular como religiosos, y desde la participación activa en los objetivos pastorales comunes a la Iglesia española. Siempre partiendo del más vivo y profundo convencimiento de que la salvación total del hombre en Jesucristo no solamente es posible, sino realizable en este mundo, aunque su plenitud está reservada al gran día de la resurrección definitiva y total de la creación entera en Cristo.

*Vocación particular.* Vio Dios todo cuanto había hecho y era muy bueno (Gen 1, 31). Son, estas palabras de la Escritura, como la razón última de la vocación cristiana. Dios llama a los hombres en Cristo para colaborar con El en una decidida opción por el bien. Llamados en Cristo, miembros de la Iglesia, recibidos en una forma particular de vida cristiana, con un proyecto de comunidad fraterna, los religiosos reciben la acción del Espíritu Santo y son enviados a fin de que, con sabiduría e inteligencia, consejo y fortaleza, ciencia y temor de Dios (Is 11, 2), amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y templanza (Gál 5, 22), proclamen el año de gracia del Señor y anuncien a los pobres la buena noticia de la salvación (Is 61, 1-2) (Lc 4, 18).

Dios ha llamado a todos los hombres, pero no todos responden con la misma generosidad de entrega. Sin embargo, las acciones que realiza el consagrado, en respuesta a una vocación particular, las lleva a cabo en comunión con todos los llamados en Cristo. Se trata de una vocación cristiana común, pero realizada en consagración individual y abierta, de tal manera que el religioso no sólo se considera hombre entre los hombres, sino seguidor del Evangelio entre creyentes que buscan a Dios, en estrecha solidaridad humana compartiendo vida y mensaje y anunciando, con expresiones significativas, la trascendencia de Dios.

*En la historia de la salvación universal.* Es el Espíritu de Dios quien actúa en los caminos humanos, el que dirige la misión de la Iglesia y suscita en cada hombre el deseo de buscar al mismo Dios y de servir a los hombres según la voluntad salvadora de Jesucristo. Un deseo eficaz de salvación universal en el que, en acción misteriosa, van a beneficiarse todos los hombres, aún aquellos que no pertenecen, en bautismo, a la Iglesia.

Con frecuencia, Dios llama al hombre a través de otro hombre. Pero la voluntad y el querer son de Dios. Es una invitación en la que el hombre decide con libertad. El proselitismo, de cualquier tipo, distorsiona la vocación individual. La promoción vocacional, por el contrario, ayuda al encuentro con el camino personal que Dios ha trazado a cada uno.

Hay, por tanto, en la vocación un proceso dialógico en el que la gracia del Espíritu ayuda a escuchar y a comprender, a recibir el don con humildad y a saber esperar el momento de Dios. Será siempre un diálogo religioso, aunque se inicie en la realidad inmediata que cada día interpela y urge en una respuesta de fidelidad a Dios y a los hombres, al Evangelio y a las personas, al mensaje y a las distintas formas de vida en que puede realizarse. Es, siempre, el misterio de Cristo, compartido por los hombres en gracia del Espíritu.

### 3. *Objetivos pastorales y líneas de acción*

La evangelización, como servicio a la fe y educación en la fe, es el objetivo prioritario pastoral que ha asumido la Iglesia española —a través de la Conferencia Episcopal— para los próximos años. Un objetivo que pretende:

— Profundización en la fe para que el cristiano se presente con autenticidad en medio de una sociedad pluralista y secularizada.

— Fortalecimiento de esa misma fe, para que recuperando la alegría y la esperanza de su vida cristiana, responda adecuadamente a lo que la sociedad le presenta.

— Atención y discernimiento a las comunidades que de tipo distinto están presentes en la Iglesia.

— Atención a los problemas que se plantean en torno al matrimonio, a la familia, a la enseñanza.

Como criterios o líneas de acción fundamentales se han señalado las siguientes:

— Promover un proceso permanente de educación en la fe y de evangelización.

— Acentuar en la educación en la fe el encuentro y comunión con Cristo y el compromiso con el hombre.

— Atender, por su importancia suma, a la formación permanente de las personas responsables de este ministerio (sacerdotes, catequistas, religiosos).

— Apoyar la buena orientación y el trabajo de las instituciones de las que depende la formación cristiana (seminarios, universidades, centros catequéticos, medios de comunicación social).

— Clarificar los contenidos de la fe para asegurar la identidad del mensaje cristiano y su adaptación al hombre de hoy.

El mensaje del Papa a la Iglesia española, quiere asumirlo la Conferencia Episcopal, y potenciar esa atención «al servicio de la fe» que se propone como objetivo preferencial de la acción pastoral de la Iglesia en España para los próximos años.

#### 4. *Renovación pastoral*

Conscientes de la vocación particular y dentro de la acción pastoral de la Iglesia que desea responder a los cuestionamientos que la fe de su pueblo le presenta, reflexionaremos ahora sobre algunas actitudes de renovación continua, permaneciendo, sin embargo, fieles a la propia vocación y a la Iglesia particular a la que se pertenece.

*Superación del concepto reivindicativo de suplencia.* Se quiso utilizar la vida religiosa como una fuerza siempre en reserva y a la espera del hueco vacío que dejaban otros agentes de la pastoral, o el de un campo al que no podían llegar. Era, sí, una reivindicación. Por parte de la jerarquía había un concepto de complementariedad. Por parte de los religiosos existía el convencimiento de que podían llegar más allá de que lo que llegarán otros. La comunión eclesial será el camino para renovar y superar.

*Sentido creador de la vida religiosa.* Sin anquilosamientos históricos. El carisma crece, se vigoriza y desarrolla en la historia de la propia congregación. Una creatividad siempre fiel a la manifestación de Dios, tanto al carisma, vida y actitudes del Fundador, como a la tradición e historia del propio Instituto. Una fidelidad activa, no estática; de crecimiento, no de involución y deterioro por envejecimiento.

*Comunión, misión, contemplación.* El Cardenal E. Pironio ha señalado unas líneas de renovación para la vida religiosa: comunión íntima con Dios, comunión en el interior del Instituto, comunión intercongregacional, comunión en el interior del Pueblo de Dios, comunión evangelizadora con el mundo. Opción preferencial por los pobres y defensa de la justicia. Una verdadera contemplación que guiada por el Espíritu se inserta en la realidad histórica.

*Evolución de actitudes.* En algunos ambientes se ha comenzado a hablar de involución. También respecto a la vida religiosa. Como si hu-

biere decaído el entusiasmo misionero o el empeño de la contestación ante una sociedad que se olvida de lo trascendente. Se cree ver un retorno al grupo reducido y particularista con olvido de lo universal, a la ascesis individualista, al moralismo, a la huida del mundo en el intento de estar más cerca de Dios. La historia de la vida religiosa refleja esa continua tensión entre la consagración a lo Absoluto y la fidelidad al misterio de la encarnación realizado por Jesucristo. Más que de involución o desarrollo, la vida religiosa hablará de fidelidad al Evangelio y al ministerio encomendado por la Iglesia y libremente asumido en la profesión dentro de un Instituto determinado, a la comunión eclesial y al compromiso personal con una vocación específica, al carisma y a la comunidad que garantiza el discernimiento, a la búsqueda de Dios y al encuentro con los hermanos, al deseo de conversión moral y a una mística de acercamiento al ideal, a la peregrinación y al gozo de estar en un mundo creado por Dios y en el que va desarrollándose la historia de la salvación bajo la guía del Espíritu.

#### IV. SENTIDO ECLESIAL

¿Qué hacen los religiosos en la Iglesia? ¿Predican, con su vida consagrada, la buena noticia de la conversión a Dios? ¿Habría que hablar de un modelo propio de Iglesia en la que viven y a la que sirven los religiosos? Aunque no se tratara de un contenido teológico distinto, ¿no existe una estructuración pastoral y misionera diferenciales y hasta con un magisterio particular?

##### 1. *Dimensión universal del misterio de Cristo*

Jesús anuncia el reinado de Dios. Semilla que crece. También la cizaña. Hacen falta milagros que signifiquen la presencia de ese reinado ya comenzado. Las gentes sencillas lo comprenderán enseguida. Un reinado universal en el que tienen cabida todos los hombres, todas las naciones. Hecho para los hombres, pero no es un reino de este mundo (Jn 6, 15).

Jesús abre a todos los hombres su propio misterio de salvación, en el que una adhesión testimonial a Cristo exige el máximo respeto a las personas, con su realidad existencial concreta, pues el Evangelio del reino es buena noticia destinada a liberar y enriquecer de gracia a todos los que Dios ha elegido en la creación.

Quien se consagra a Cristo, se ha consagrado también a su hermano, ante el que aparece como don y signo del mismo amor conque Dios le ama. Para Jesús no hay barreras. Destruye la discriminación. Todos están llamados y a todos llegará el juicio.

Entrar en el reinado de Cristo implica aceptar el oficio de ser mensajero gozoso del año de gracia del Señor (Lc 4, 19). La Iglesia anuncia la

venida del reino, pues es sacramento universal de salvación. Si Cristo murió por todos, ya nadie puede quedar excluido de sentir los efectos del misterio pascual. Tampoco la Iglesia puede contentarse con la simple oferta de un anuncio de salvación universal, sino que debe testimoniar ante el mundo la decidida vocación de todos los hombres en Cristo, interpellando a la conversión y al compromiso de vivir conforme a las leyes del reino: justicia, amor, paz. Ninguna obra, pues, a través de la cual los hombres puedan acercarse al misterio de Dios puede ser ajena a la misión pastoral de la Iglesia.

## 2. *Signos distintos del único sacramento de salvación*

Como presencia total del único sacramento universal de salvación, la Iglesia se hace presente en el mundo, entre todos los hombres, asumiendo los valores y las experiencias propias de cada pueblo. De esa inserción de la Iglesia universal en lo propio de cada cultura nace la Iglesia particular. La Iglesia universal no se fracciona en diócesis, sino que el único misterio de lo universal se hace presencia histórica en un grupo y en un lugar concreto.

Carismas, vocaciones, ministerios, en distinción, abundancia y variedad, aparecen en la Iglesia particular. La fidelidad, como perseverancia activa, incondicional y siempre abierta al espíritu renovador de la Iglesia, asegura la unidad, facilita el desarrollo y la eficacia de gracias distintas con que el Señor favorece a un pueblo universal.

La vida religiosa es uno de esos dones que el Padre ha concedido a su pueblo. Don, también, universal, como la misma Iglesia. Presente en formas distintas, según el carisma reconocido de la institución, en las Iglesias particulares. Pero sin subrayar demasiados paralelismos entre la vida religiosa consagrada y otras formas de vida cristiana, sin pretender forzadas analogías de obispos y superiores y, mucho menos, sin arrogancias de supremacías espirituales o de competencias.

«Como vicarios y legados de Cristo, en sus respectivas diócesis, los obispos rigen las Iglesias que se les han encomendado, con derecho y obligación de legislar, juzgar y regular entre sus hermanos en la fe en todo lo que se refiere al culto y a la organización del apostolado (...). Igualmente pertenece al ministerio episcopal la función de discernir y armonizar los ministerios y tareas eclesiales, lo que supone el carisma peculiar de ordenar las diversas funciones en íntima docilidad al único Espíritu vivificante. Los obispos son responsables de modo especial del crecimiento en santidad de todos sus fieles según la vocación de cada uno, y con mayor razón de los religiosos (...). Es propio de los obispos, no sólo discernir y aprobar el carisma de la vida religiosa, sino cuidar que sea valorado, cuidado y estimular su crecimiento» (Conferencia Episcopal Española. *Cauces operativos*, 13).

Solamente en comunión con la Iglesia, los diversos dones, oficios, ministerios y funciones tienen la garantía de un creíble discernimiento en el Espíritu, ya que fue a la Iglesia a quien el Padre, en Jesucristo y por el Espíritu, ha concedido todo bien para realizar la única misión salvadora.

### 3. *Don del Espíritu para bien del pueblo nuevo de Dios*

También llegó a la vida religiosa la tentación sutil, aún dentro de la comunión con la Iglesia, de constituirse en una especie de sector autónomo y hasta con cierta superioridad espiritual. No faltaron tampoco en la historia de la vida consagrada movimientos abiertamente opuestos a la Iglesia institucional. El cisma o la secta fueron los efectos de la ruptura.

El nuevo Código de Derecho Canónico ordena el pueblo de Dios en tres apartados: fieles cristianos, constitución jerárquica de la Iglesia, institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica. «La vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos es una forma estable de vida en la cual los fieles, siguiendo más de cerca al Cristo por la acción del Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo, para que, entregados por un nuevo y peculiar título a su gloria, a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo, consigan la perfección de la caridad en el servicio del Reino de Dios y, convertidos en signo preclaro en la Iglesia, preannuncio la gloria celestial.» (c. 573, 1). Pertenece a la vida y santidad de la Iglesia y todos deben apoyar y promover este estado de vida (c. 574). Los consejos evangélicos son un don divino que la Iglesia ha recibido y conserva (c. 575).

«Corresponde a la autoridad competente de la Iglesia interpretar los consejos evangélicos, regular con leyes su práctica y determinar mediante la aprobación canónica las formas estables de vivirlos, así como también cuidar por su parte de que los institutos crezcan y florezcan según el espíritu de sus fundadores y las sanas tradiciones» (c. 576).

Don del Espíritu en estrecha unión de vida y ministerio con la Iglesia. Enriqueciendo al pueblo de Dios con la gracia recibida y asumiendo la exigencia de santidad testimonial que ese mismo pueblo necesita ver con señales evidentes.

\* \* \*

Como María, la vida religiosa puede proclamar: el Señor ha hecho conmigo obras grandes (Lc 1, 49). Y es en esta segura confianza de la bendición de Dios en la que los religiosos proclaman, en forma elocuente y creíble, que Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado y que se ofrece como salvación para todos los hombres (EN 27).

Fiados de Dios (2 Tim 1, 12) y dispuestos a dar razón de la esperanza (1 Pe 3, 15). Unidos para que el mundo crea (Jn 17, 21) y abiertos a todos los hombres, pues la vida íntima de la comunidad no tiene sentido si no hay anuncio de la Buena Nueva (EN 15). Enriquecidos con la pobreza de Cristo (2 Cor 8, 9) se constituyen, por gracia de Dios, en ministros del Evangelio (Ef 3, 8) anunciando la salvación por el testimonio y el anuncio explícito de Jesucristo en una forma de vida según las bienaventuranzas y acercando el Absoluto al conocimiento de los hombres.

El Espíritu se ha derramado con generosidad y la profecía cumplida se hace envío misionero y evangelizador como acto eclesial. Cada uno oirá hablar de las maravillas de Dios en su propio lenguaje (Hech 2, 11). Es la fidelidad a los hombres y al tiempo de la historia, pues asumiendo las diversas culturas y situaciones, se realiza el continuo milagro de una presencia siempre nueva. Es el dinamismo del Evangelio y del que anuncia la Buena Noticia.